

“Transformaciones en el mundo del trabajo: aportes para la discusión contra el mito del fin del trabajo asalariado”.

Christian Castillo.

Cita:

Christian Castillo (2004). *“Transformaciones en el mundo del trabajo: aportes para la discusión contra el mito del fin del trabajo asalariado”*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/93>

“TRANSFORMACIONES EN EL MUNDO DEL TRABAJO: APORTES PARA LA DISCUSIÓN CONTRA EL MITO DEL ‘FIN DEL TRABAJO ASALARIADO’”.

Christian Castillo, docente Carrera de Sociología (UBA y UNLP).

chch@ciudad.com.ar

Las llamadas tesis sobre el “fin del trabajo” han conocido distintas formulaciones y gozado de dispar popularidad. En otros trabajos nos hemos referido a ellas definiéndolas como uno de los “mitos” de fin de siglo que pese a su falta de base empírica gozó de importante difusión en los ámbitos académicos de las ciencias socialesⁱ.

De las distintas discusiones que pueden derivarse de estas tesis, en este trabajo nos centraremos en demostrar la falacia de algunos de los argumentos esgrimidos en su defensa por uno de los autores que ha adherido a estas tesis desde la “izquierda”, Antonio Negriⁱⁱ.

En general, las tesis sobre “el fin del trabajo” están asociadas a la visión más general acerca sobre que vivimos en una “sociedad posindustrial”. Quienes sostienen esta perspectiva tienen la particularidad de tomar ciertos elementos de la realidad y darles un valor sin límite, en forma tal que sus conclusiones tienden a quedar sin fundamentos una vez que las contrastamos empíricamente.

Considerando los razonamientos de Negri, puede verse que estos están cruzados, en mayor o menor medida, por la convicción que estamos frente a un

capitalismo que ha logrado superar las contradicciones que lo cruzaron desde sus orígenes, capaz de llevar “*sus tendencias hasta el final*”ⁱⁱⁱ. Esto se daría tanto en el plano del proceso de trabajo (donde según la visión de Negri la hegemonía del “trabajo inmaterial” expresaría la materialización de las tendencias señaladas por Marx hacia el pleno dominio del “trabajo abstracto”, que habría vuelto obsoleta la ley del valor) como en la autonomía lograda por el capital respecto de los estados nacionales, cuya existencia sería una simple obsolescencia del pasado. El capitalismo habría sufrido mutaciones trascendentales, aunque aún no se han consolidado las formas políticas (o, si se quiere, de “regulación”) que las expresen. En esta situación, todo el pensamiento político que predominó en la “modernidad” se ha vuelto obsoleto y debe ser desestimado.

Los razonamientos de Negri en *Imperio* y otros textos posteriores se ubican así en una sintonía de análisis similar a los autores posmodernos en lo que hace a sostener la existencia de un nuevo escenario epocal, aunque Negri lo hace desde una posición que se reivindica “comunista” e incluso “revolucionaria”. Partiendo de las críticas recibidas y de reconocer el hecho que el libro que escribió junto a Michael Hardt “*no se ocupa de algunas cuestiones hoy fundamentales: por un lado, la fuerte insistencia estadounidense sobre la unilateralidad de la acción imperial; por otro, el perfeccionamiento de los medios de control que se extienden hacia la guerra y que en ocasiones le son inherentes*”^{iv}, Negri vuelve en un trabajo reciente sobre las “*dos o tres tesis en las que se apoya la estructura del discurso desarrollado en Imperio*”. La primera tesis es que “*no existe globalización sin regulación*”. Justamente el *Imperio* sería la forma transitoria de regulación que encuentra la actual fase de

globalización. La segunda tesis es que *“la soberanía de los Estados-nación está en crisis. Crisis significa que la soberanía se transfiere del Estado-nación y se encamina hacia otra parte. El problema es definir hacia dónde; este conflicto sigue abierto. Por ello decimos que la soberanía imperial se encuentra en un ‘no lugar’ (...) el Estado-nación ya no tiene su centralidad sobre la cultura, sobre la lengua y la información, porque está continuamente atravesado por corrientes antagonistas y por múltiples entradas lingüísticas y culturales que le sustraen la posibilidad de tener una posición hegemónica y de dominar sobre el proceso cultural”*. Señala por último *“una tercer tesis fundamental del trabajo de Imperio”* consistente en asumir que los fenómenos recién mencionados ocurren *“dentro de la relación de capital: ésta es la pretensión científica fundamental de Imperio; y es evidente que aquí seguimos la estela de la enseñanza marxiana. Naturalmente, esta estrategia marxiana está subordinada a una experimentación nueva y creativa, y al sentido de la originalidad de las situaciones que analizamos. El conflicto de clase en el que estamos inmersos, las experiencias sentidas con respecto al poder, las prácticas de resistencia y de éxodo que vivimos, así como la actividad laboral que nos constituye, son, en efecto, distintos de los que Marx había experimentado. Sigue siendo fundamental el hecho de que es la lucha, la división social de la relación de capital, lo que constituye toda realidad política”^N*.

Por ello, Negri insiste en que la conformación del Imperio va de la mano (o, mejor dicho, es una respuesta) a la constitución de un nuevo sujeto antagonista, la multitud, que de Seattle a esta parte se ha expresado en la conformación del “movimiento de los movimientos”. Multitud cuya estrategia, según Negri, debería asumir que la situación, desde que fue formulado el

planteo revolucionario de Lenin, *“ha cambiado radicalmente; ya no existe una clase obrera que se lamente la ausencia de un proyecto de gestión de la industria y de la sociedad, ya sea gestión directa o mediatizada por el Estado. Y aunque este proyecto fuera reactualizable, no podría tener una carácter hegemónico sobre el proletariado y/o sobre la intelectualidad de masas, ni podría cercenar un poder capitalista desplazado hacia otros niveles (financieros, burocráticos, comunicativos, etcétera) de dominio. En el presente, pues, la decisión revolucionaria debe basarse en otro esquema constituyente que no coloque como preliminar un eje industrial y/o de desarrollo de la economía sino que, a través de aquella multitud en la que se configura la intelectualidad de masas, proponga el programa de una ciudad liberada en la cual la industria ceda ante las urgencias vitales, la sociedad ante la ciencia, y el trabajo ante la multitud. La decisión constituyente se convierte, aquí, en multitud^{vi}.*

Estos razonamientos presentan una misma matriz de error analítico: pensar fenómenos que se desarrollan en una sola dirección, moviéndose según una lógica homogénea y no desigual y combinada. De ahí sus unilateralidades, que hace que, aún partiendo de una serie de hechos ciertos, lleguen a conclusiones falaces.

Los hechos reales de los que parte son:

- a) que los grandes monopolios y corporaciones aumentaron enormemente su poder en los últimos treinta años, poniendo bajo su control directo áreas de la economía que en la posguerra estuvieron bajo el control estatal;

- b) que conquistaron nuevos mercados territoriales y pusieron nuevas esferas de actividad humana bajo su dominio;
- c) que las potencias dominantes tienden a buscar que el control económico que ejercen en áreas del mercado “global” se exprese en instituciones jurídicas y políticas supranacionales;
- d) que estos dos fenómenos han llevado a un cierto debilitamiento de la “soberanía” de los estados nacionales, aunque en forma desigual según los casos que se consideren;
- e) que los desarrollos científicos y técnicos agudizan la contradicción entre una producción crecientemente socializada y compleja con la imposición de una medida (“miserable”, al decir de Marx) que permita su valorización y su intercambio mercantil;
- f) que la inmigración masiva en los países imperialistas está produciendo cambios importantes en la composición étnica de la población, generando una crisis creciente de “integración” de la nueva fuerza de trabajo inmigrante, con el fortalecimiento de tendencias xenófobas en partes significativas, aunque aún minoritarias, de la población nativa;
- g) que se impusieron nuevas condiciones de sometimiento a la fuerza de trabajo a nivel mundial, bajo el doble látigo de la precarización y el desempleo;
- h) que, especialmente en los países centrales, han crecido en proporción a la industria los asalariados en diversos sectores de las actividades catalogadas como “servicios” y que, más en general, los últimos treinta años registraron importantes cambios en la composición de la clase trabajadora;

- i) que entre ellos se cuentan su feminización y el crecimiento en importancia de la fracción de la fuerza de trabajo “intelectualizada”;
- j) que el desarrollo de los medios de comunicación de masas electrónicos, y su monopolio por las grandes potencias, tiende a una difusión inédita de los valores de la “cultura dominante”;
- k) que ligados a los negocios de las grandes corporaciones y a la tecnocracia administrativa, académica y científica existen importantes sectores de las “elites” de los distintos países que vive en forma crecientemente “transnacionalizada”.

Pero de estas premisas deduce una serie de conclusiones que lo llevan a afirmar que estamos frente a un verdadero “cambio epocal” que se caracterizaría por:

- i) la libre movilidad absoluta del capital en todas sus áreas y la constitución de un capital “global” que dejaría como algo del pasado los conflictos interimperialistas que caracterizaron el siglo XX^{vii};
- ii) la desaparición de los estados nacionales y su reemplazo por formas “globales” de soberanía, que dejarían sin sustento toda política de toma o conquista del poder del estado;
- iii) una distribución también “global” de la riqueza y la pobreza, con lo que quedarían abolidas las distinciones entre naciones imperialistas y semicoloniales propias del imperialismo clásico;
- iv) la hegemonía del “trabajo inmaterial” y la pérdida de peso de los asalariados, con lo cual la clase obrera o no existe más o no tiene ya la posibilidad de jugar un papel hegemónico entre el conjunto de los sectores oprimidos por el capital;

- v) ligado a lo anterior, el surgimiento de un nuevo sujeto resistente, la “multitud”, que sería expresión de una fuerza productiva dominada por el “general intellect”; un sujeto que ya no se definiría por la obligación de vender la fuerza de trabajo al capital y del lugar común que se ocupa en el proceso de producción, lo que dejaría sin sustento toda política clasista tanto en el terreno “nacional” como en el “global”.

Esta visión extrapolada y carente de todo límite que Negri presenta de fenómenos que en la realidad actúan sólo tendencialmente -y que lo hacen decir que el comunismo está “al alcance de la mano” y que para llegar a él no hace falta ninguna “transición”- constituyen un enorme embellecimiento de las posibilidades del capital para superar sus contradicciones. De ahí que leyendo a Negri se tiene frecuentemente la impresión de un capitalismo tan cambiado ... que ha dejado de ser tal. Esta sobrestimación de la madurez de las “condiciones objetivas” operan a su vez como justificación de una práctica “subjetiva” consistente en aceptar la “miseria de lo posible”, una mera presión sobre los “poderes fácticos” existentes que caracteriza a las corrientes autonomistas a pesar de su retórica^{viii}.

De los distintos aspectos planteados consideremos los referidos a las transformaciones en el mundo del trabajo, haciendo antes un paréntesis para discutir las afirmaciones de Imperio^{ix} sobre la existencia de un único capital “global” que habría transformado en algo del pasado las disputas interimperialistas se chocaron contra las crudas contradicciones entre las potencias dominantes que mostró, por ejemplo, la guerra de Irak^x.

Al contrario de esto, desde mediados de los '70 lo que tenemos es una economía mundial dividida en tres grandes bloques imperialistas.

La tendencia al surgimiento de bloques regionales es una política de las naciones dominantes para competir en mejores condiciones con sus rivales.

David Harvey, cuyo trabajo más reciente es *El nuevo imperialismo*, ha sostenido que *“la tentativa por parte de los Estados Unidos de controlar el petróleo de Oriente Medio ... se volvió aún más importante ahora, y no tanto para proteger las fuentes de crudo norteamericanas, que son muy diversas, sino para controlar la economía global y la competencia por parte de otros bloques económicos: en primer lugar el Japón y China, que no tienen fuentes de crudo propias y dependen del petróleo de Oriente Medio, y hasta cierto punto también Europa (...) Tendríamos entonces tres bloques de poder: el Este asiático, los Estados Unidos y la Unión Europea, con una importante competición entre ellos. Esto nos llevaría a un imperialismo competitivo como el analizado por Lenin a comienzos del siglo XX, con la diferencia de que ahora sería entre bloques de poder, en lugar de ser entre países”*^{xi}. Es que aunque las fuerzas productivas se han internacionalizado el capital no se ha “globalizado” homogéneamente, sino se ha desarrollado en forma desigual y combinada. La gran mayoría de las “inversiones extranjeras directas” están concentradas en las naciones del G-7 y en un puñado de países, como China y otros del este y el sudeste asiático. En Latinoamérica, México, Brasil y Argentina fueron parte de este “club” en los '90 hasta que la crisis provocó un cambio en el sentido de la flecha. La tendencia a la constitución de espacios económicos “globales” se ha dado conjuntamente con el surgimiento tanto de nuevos estados como diferentes tipos de bloques regionales intermedios (como

la Unión Europea, el NAFTA, la Apec o el Mercosur) mediante los cuales los poderes imperialistas buscan asegurarse un acceso privilegiado a los distintos mercados. Vemos actuar una dialéctica en la cual el mundo, a medida que se “mundializa”, se parte y se divide. Como ha señalado Daniel Bensaïd: *“Lejos de crear un espacio político homogéneo, la ‘mundialización’ imperial acrecienta las desigualdades y refuerza las relaciones de dominación, llevando a una suerte de ‘balcanización del planeta’. En el mismo momento donde los Estados nacionales son señalados como algo del pasado, el Comité Olímpico Internacional cuenta con más y más miembros y banderas. Sólo Europa ha visto aparecer en diez años una docena de nuevos países y más de 15.000 kilómetros de nuevas fronteras (...) Pero más los estados se multiplican, más su soberanía reconocida queda formal. Detrás de estas ‘soberanías de fachada’ se instalan diversos estados fantoches, cortesanos o mendicantes, ‘presta nombre’ de potencias dominantes (...) Esta dialéctica de disolución por lo alto de viejos imperios destruidos por su propio poder y del despertar por debajo de aspiraciones nacionales frustradas, de formación de nuevos aglomerados regionales y de fragmentación de territorios existentes, está lejos de estar agotada”^{xii}.*

Cerrado el paréntesis, vayamos al centro de la cuestión: ¿no está la clase obrera en proceso de extinción? Sin duda, junto con la de la desaparición de los estados nacionales, este ha sido uno de los mitos más difundidos del fin de siglo. En trabajos anteriores^{xiii}, hemos señalado que lo que vivíamos no era el fin sino una reconfiguración de la situación de la clase obrera, caracterizada por el aumento de la precarización, feminización, extensión social y geográfica y “dualización” en la situación de los asalariados. Decíamos también que la

supuesta “hegemonía del trabajo inmaterial” en la que basa Negri su idea de multitud es una construcción basada en la amalgama de procesos muy diversos de los cuáles es forzar tanto la realidad como los conceptos decir que todos quedan comprendidos por la definición del “general intellect” y que expresan el dominio del “capitalismo cognitivo”^{xiv}.

En realidad lo que hacen las tesis del “fin del trabajo” es ocultar que el crecimiento de la precarización del empleo no significa que el capital haya prescindido del trabajo asalariado, sino que ha combinado la aplicación de políticas “flexibilizadoras” que avanzan sobre las conquistas logradas por los trabajadores en el siglo XX, con la “intelectualización” de una fracción de la fuerza de trabajo. De ahí que muchos de los que apoyan estas tesis tiendan a amalgamar el hecho que los nuevos puestos de trabajo que se crean son “precarios” y “flexibles” (cuestión cierta) con la afirmación de que no “hay más trabajo” (cuestión falsa)^{xv}.

A su vez esta tendencia a la precarización se ve acompañada por altos índices de desempleo a nivel mundial, aunque con una evolución desigual según los países y regiones que consideremos. Un reciente informe de la Organización Internacional del Trabajo, *Tendencias mundiales del empleo, 2004*, da cuenta de la magnitud del fenómeno:

“En 2003 no mejoró el empleo en el mundo, a pesar de que volvió el crecimiento económico después de dos años de declive (cuadro 1). El desempleo total progresó ligeramente, pese al 3,2 por ciento de crecimiento del PNB en el mundo y a un modesto aumento del comercio después de un año 2002 flojo (un 3 por ciento en 2003, en comparación con un 2,5 por ciento en 2002 (WTO, 2003).

Una estimación de la OIT, según la cual en 2003 había 185,9 millones de desempleados en busca de trabajo, pone de manifiesto un ligero incremento, en comparación con la estimación revisada de 185,4 millones de desempleados (cuadro 1 y Tendencias mundiales del empleo, 2003), y es el nivel más alto conocido hasta la fecha. El aumento mayor correspondió a los jóvenes, y la tasa de desempleo juvenil en el mundo llegó a ser del 14,4 por ciento, o sea, dos veces más que el 6,2 por ciento de la tasa mundial de desempleo. Aunque el número de mujeres desempleadas en el mundo menguó ligerísimamente entre 2002 y 2003, las mujeres suelen figurar entre las categorías más afectadas por el desempleo.

Cuadro 3

EL DESEMPLEO EN EL MUNDO, EN 1993, 1998 Y 2000-2003 (EN MILLONES)

AÑO	1993	1998	2000	2001	2002	2003
TOTAL	140,5	170,4	174,0	176,9	185,4	185,9
HOMBRES	82,3	98,5	100,6	102,7	107,5	108,1
MUJERES	58,2	71,9	73,4	74,3	77,9	77,8

Fuente: OIT, modelo de Tendencias mundiales del empleo 2003

Paralelamente al empeoramiento de la situación del empleo en el mundo, creció de tamaño la economía informal en las regiones en desarrollo de poco

aumento del PNB. Los trabajadores de la economía informal corren peligro de convertirse fácilmente en trabajadores pobres con un salario insuficiente para cubrir las necesidades propias y familiares (un dólar o menos al día), sobre todo en las economías donde no hay un amplio sistema de seguro de desempleo u otras formas de protección social. La OIT estima que a fines de 2003 el número de trabajadores pobres que viviendo con un dólar o menos al día era de unos 550 millones, esto es, el mismo que en 2002. De persistir ese inmovilismo, será imposible alcanzar el Objetivo de Desarrollo de las Naciones Unidas para el Milenio consistente en reducir a la mitad la pobreza en el mundo de hoy al 2015”.

Sin embargo, es falso concluir de la existencia del desempleo de masas que estemos frente a la extinción del trabajo asalariado, sino que la fuerte desocupación se da en el marco de un crecimiento numérico de la población asalariada a nivel mundial. Si comparamos la cantidad de población ocupada en 1980-82 con la existente en el promedio de los años 2000-02, los datos son concluyentes a la hora de mostrar la falsedad de los que sostienen la desaparición del empleo ^{xvi}. Consideremos una serie de veintiocho países, catorce de los cuáles son ubicados en las estadísticas como “altamente industrializados” y catorce como “países en desarrollo”:

Cuadro 4

PAÍS	OCUPADOS 1980-82	OCUPADOS 2000-02	DIFERENCIA	DIFERENCIA EN %

HOLANDA	5.017.000	7.879.000	2.862.000	57,05%
IRLANDA	1.137.000	1.706.000	569.000	50,04%
AUSTRALIA	6.351.000	9.161.000	2.810.000	44,25%
EE.UU.	99.742.000	136.770.000	37.028.000	37,12%
ESPAÑA	11.536.000	15.770.000	4.234.000	36,70%
CANADA	11.071.000	15.133.000	4.062.000	36,39%
PORTUGAL	3.929.000	5.046.000	1.117.000	28,43%
G. BRETAÑA	24.200.000	27.989.000	3.789.000	15,66%
JAPÓN	55.850.000	63.960.000	8.110.000	14,52%
FRANCIA	21.387.000	24.174.000	2.787.000	13,03%
DINAMARCA	2.404.000	2.692.000	288.000	11,98%
ITALIA	20.324.000	21.262.000	938.000	4,62%
FINLANDIA	2.343.000	2.349.000	6.000	0,26%
SUECIA	4.225.000	4.214.000	-11.000	-0,26%
VENEZUELA	4.788.000	9.308.000	4.520.000	94,4%
MALASIA	5.035.000	9.459.000	4.424.000	87,9%
MÉXICO	21.393.000	38.620.000	17.227.000	80,5%
EGIPTO	9.953.000	17.380.000	7.427.000	74,6%
CHILE	3.157.000	5.464.000	2.307.000	73,1%
CHINA	437.937.000	729.500.000	291.563.000	66,6%
INDONESIA	54.678.000	90.764.000	36.086.000	66,0%
FILIPINAS	17.859.000	28.930.000	11.071.000	62,0%
BRASIL	46.696.000	75.458.000	28.762.000	61,6%
TAILANDIA	21.670.000	33.243.000	11.573.000	53,4%

SUD COREA	14.028.000	21.433.000	7.405.000	52,8%
PAKISTÁN	25.096.000	36.847.000	11.751.000	46,8%
TAWÁN	6.677.000	9.437.000	2.760.000	41,3%
ARGENTINA	10.285.000	12.738.000	2.453.000	23,9%

Incluso si medimos la relación entre aumento de la ocupación y el crecimiento de la población, también vemos un crecimiento del empleo en la mayoría de los países. Los datos de las fuentes mencionadas muestran que de catorce países catalogados como “altamente industrializados” sólo dos (Suecia y Finlandia) muestran porcentajes negativos^{xvii}. Lo mismo sucede entre los “países en desarrollo” considerados en la muestra: sólo dos (Argentina y Pakistán) entre catorce^{xviii} arrojan cifras negativas. Aunque es cierto que estas cifras no nos hablan de la “calidad” de estos trabajos -que son en su mayoría precarios- e indican sólo una realidad parcial -ya que hay países donde la fuerza de trabajo empleada ha disminuido mostrando tendencias diferentes a la los países considerados en la muestra- lo cierto es que si el fin de la relación salarial fuese una tendencia estructural del capitalismo contemporáneo debería verificarse en los países dominantes en la economía mundial, cuestión que no sucede como hemos demostrado^{xix}.

Chris Harman, por su parte, ha calculado el tamaño en el mundo de la clase trabajadora empleada en alrededor de 700 millones de personas, con aproximadamente un tercio de estos en la industria y el resto en los servicios, señalando incluso que *“el tamaño total de la clase obrera es considerablemente mayor que esta cifra. La clase también incluye a los que dependen del ingreso que proviene del trabajo asalariado de los parientes o de los ahorros y*

pensiones que resultan del trabajo asalariado pasado –es decir, esposas no empleadas, niños y personas mayores retiradas. Si se agregan esas categorías, la cifra total de trabajadores a nivel mundial llega a estar entre 1500 y 2000 millones. Cualquiera que crea que le hemos dicho ‘adiós’ a esta clase no está viviendo en el mundo real”^{xx}. Basta recordar que el proletariado ruso estaba compuesto por sólo diez millones de personas sobre una población total de 150.000.000 y comparar esto con las cifras recién señaladas para que las habladurías sobre que la “clase obrera ya no tiene el peso social de los tiempos de Marx” se vengán abajo.

Demostrar que la desaparición del trabajo asalariado no es un fenómeno estructural del capitalismo contemporáneo no es, sin embargo, más que un primer paso a la hora de señalar la actualidad que tiene el análisis marxista que señala la centralidad de la clase obrera para la lucha anticapitalista. El reconocimiento de su existencia como “clase en sí” simplemente indica que el potencial de su fuerza social para atacar el poder capitalista no sólo sigue siendo insuperado sino que se ha ampliado enormemente.

Pero la monumental fuerza social de que dispone hoy la clase trabajadora no logra expresarse en toda su magnitud, sin embargo, cuando los trabajadores no se reconocen como clase y actúan como “clase para sí”, cuestión que no es un proceso automático ni mecánico, sino que está mediado por las experiencias realizadas por los trabajadores en su lucha contra la explotación capitalista, tanto en el terreno económico como en el político.

En general quienes sostienen las tesis sobre el “fin del trabajo” las contraponen a una visión vulgar acerca del análisis marxista de la clase obrera, como si esta hubiese sido considerada como un todo homogéneo e indiferenciado, cuya

unidad política sería expresión mecánica de su situación común en el proceso productivo. No era esta sin embargo la forma en que se planteaban la cuestión los grandes clásicos marxistas. Para no abundar, veamos lo que decía Trotsky en un ilustrativo texto publicado a mediados de los años '20 bajo el título *No sólo de política vive el hombre*:

“El proletariado encarna una unidad social poderosa que en período de lucha revolucionaria aguda se despliega de modo pleno para conseguir los objetivos de la clase en su totalidad. Pero en el interior de esta unidad hay una diversidad extraordinaria, diría incluso que una disparidad nada despreciable. Entre el pastor ignorante y analfabeto y el mecánico especializado hay un gran número de niveles de culturas y de calificaciones y de adaptación a la vida diaria. Cada capa, cada gremio, cada grupo está compuesto en última instancia de seres vivos de edad y temperamento distintos, cada uno de los cuales posee un pasado diferente. Si tal diversidad no existiera, el trabajo del Partido Comunista para la unificación y educación del proletariado sería muy sencillo. Sin embargo, ¡qué difícil es esa tarea, como vemos en Europa occidental!

Podría decirse que cuanto más rica es la historia de un país, y por tanto la historia de su clase obrera; cuanto más educación, tradición y capacidad adquiere, más antiguos grupos contiene y más difícil es constituir la en unidad revolucionaria. Nuestro proletariado es muy pobre, tanto en historia como en tradición. Esto es lo que ha hecho más fácil su preparación revolucionaria para la conmoción de Octubre, no hay duda alguna al respecto; es también lo que ha dificultado más su trabajo de edificación tras Octubre. Salvo la capa superior, nuestros obreros carecen indistintamente de las capacidades y los conocimientos culturales más elementales (para la limpieza,

la facultad de leer y escribir, la puntualidad, etc.). A lo largo de un largo período, el obrero europeo ha ido adquiriendo esas facultades en el marco del orden burgués: por eso, a través de sus capas superiores, se halla estrechamente ligado al régimen burgués, a su democracia, a la prensa capitalista y demás ventajas. Nuestra atrasada burguesía, por el contrario, no tenía apenas nada que ofrecer en ese sentido, y el proletariado ruso ha podido romper más fácilmente con el régimen burgués y derrocarlo. Por el mismo motivo, la mayor parte de nuestro proletariado se ve obligada a conseguir y reunir las capacidades culturales elementales solamente hoy, es decir, sobre la base del Estado obrero ya socialista. La historia nada nos da gratuitamente: la rebaja que nos otorga en un campo -en el de la política- se cobra en otro -en el de la cultura-. De igual modo que le fue fácil -por supuesto, relativamente fácil- la conmoción revolucionaria al proletariado ruso, le resulta difícil la edificación socialista^{xxi}.

Recurrir a esta dialéctica que señala Trotsky nos ayuda a comprender algunas de las contradicciones que presentan las transformaciones ocurridas en los años recientes en la situación de la clase trabajadora, donde se entrecruzan tendencias a la homogeneidad y a la fragmentación. Donde la ampliación del peso social de los asalariados ha venido acompañada de un crecimiento en su seno de los valores e ilusiones reformistas propios de los sectores de la pequeño burguesía que se han proletarizado en condiciones de ofensiva capitalista. Donde la clase trabajadora a nivel mundial tiende a ser más culta e informada políticamente, pero por sus diversas experiencias, historia y cultura, presenta los problemas para su unidad revolucionaria que Trotsky señalaba entonces como propios “*de Occidente*”^{xxii}, es decir, de las sociedades

capitalistas más avanzadas; y a la vez esto se combina con la pauperización y la degradación en las condiciones de vida de amplios sectores. Donde fracciones del proletariado ayer preponderantes hoy ocupan un lugar marginal y otros antes inexistentes hoy dan muestras de nueva combatividad. Tampoco hoy la historia va a darnos *“nada gratuitamente”*.

Desde esta misma lógica podemos intentar dar cuenta también de los cambios operados en lo que hemos llamado la “subjetividad” del proletariado. Durante el “mundo de Yalta” esta presentó la paradoja de ser muy amplia y extendida pero contenida por monumentales burocracias reformistas que fueron progresivamente limando las mejores tradiciones revolucionarias de la clase obrera. Si los trabajadores obtuvieron a la salida de la Segunda Guerra Mundial enormes conquistas que iban desde la expropiación de los capitalistas en estados que abarcaban un tercio del globo hasta enormes sindicatos y una mejora en sus condiciones de vida, lo hicieron al precio de dar nuevo crédito a las direcciones stalinistas y/o socialdemócratas. Los procesos revolucionarios de la década del '70 pusieron en cuestión la hegemonía del reformismo, con la radicalización de amplias franjas de la vanguardia obrera y juvenil. Pero estos procesos fueron derrotados o contenidos, gracias al auxilio que prestaron a los regímenes burgueses los Partidos Socialistas y los Partidos Comunistas (y en el mundo semicolonial, las direcciones nacionalistas burguesas y pequeñoburguesas). A comienzos de la década siguiente el imperialismo pudo recomponer fuerzas y lanzar su contraofensiva contra una clase obrera que retrocedió frente al verdadero vacío generado por la complicidad y/o capitulación de las direcciones reformistas frente a la ofensiva neoliberal y a la ausencia de alternativa que fueron a las mismas las corrientes que se

reivincaban del marxismo revolucionario. Esto llevó no sólo a la pérdida de conquistas materiales sino al predominio de la idea de que todo intento de construir una alternativa al capitalismo inevitablemente terminaría en derrota. Por ello la implosión de la burocracia stalinista –y el debilitamiento y/o superestructuralización más general de las burocracias sindicales- no se expresó mecánicamente en una recomposición revolucionaria por izquierda sino que dio lugar a un proceso de recuperación lento y muy tortuoso. Con el nuevo siglo, los tiempos parecen estar cambiando. Aunque el movimiento “altermundialista”, por la estrategia dominante en su seno y por su composición social, fue impotente para derrotar la política imperialista, sí ha jugado un rol muy importante, de Seattle en adelante, en deslegitimar el orden existente y preparar una vuelta a escena de la clase trabajadora. Luego de las derrotas y el retroceso provocado por el neoliberalismo, hemos tenido recientemente –aunque aún pequeñas- manifestaciones prácticas que los trabajadores están recuperando algunas de sus mejores tradiciones de clase, luego de un primer despertar a mediados de la década de los '90, cuando la gran huelga general de 25 días de los trabajadores de los servicios públicos en Francia en noviembre/diciembre de 1995 no sólo introdujo la experiencia de lo que Negri llamó “huelga metropolitana” sino que fue la base de un giro ideológico a izquierda en sectores de la intelectualidad.

En el período más cercano hemos visto el renovado papel jugado por los mineros y la Central Obrera Boliviana en las movilizaciones y acciones que terminaron con el gobierno de Sánchez de Losada en octubre de 2003, con un protagonismo que no tenían desde la derrota de 1985. Estas acciones han continuado el ejemplo internacional que significó la ocupación de fábricas y su

puesta a producir por parte de los obreros en Argentina, con Zanón y Brukman como emblemas (con impacto y trascendencia internacional, como lo expresa la película *La Toma* de Avi Lewis y Naomí Klein), y son parte de una serie mayor de huelgas ejemplares protagonizadas por sectores del proletariado europeo, como la de los “postal workers” de Gran Bretaña o los trabajadores del transporte en Italia, que han recuperado el método de la huelga “salvaje”, donde las bases superaron las trabas impuestas por las direcciones sindicales para salir decididamente a la lucha y lograron triunfos resonantes. Y, aunque en este caso fueron derrotados, también se cuenta lo hecho por los trabajadores de las empresas públicas de energía EDF y GDF en Francia, que realizaron las llamadas “acciones Robin Hood”, cortando el servicio eléctrico en los barrios ricos y los símbolos del poder capitalista y reestableciendo la luz a aquellas familias pobres a los que la empresa se les había cortado por falta de pago. Son todavía hechos minoritarios pero que tienen un enorme simbolismo para mostrar lo que puede hacer la clase obrera cuando, al menos en parte, transforma su “potencia” en “acto”.

Ya hemos planteado que la clase trabajadora, tanto por el lugar que ocupa en el modo de producción capitalista como por su propia historia revolucionaria, es la única que cuenta con la potencialidad de dirigir al conjunto de las masas oprimidas contra el poder capitalista dominante. Ningún grupo o movimiento social conquistó siquiera una pequeña parte de lo que la clase obrera fue capaz de realizar en sus más de 150 años de historia. Si logra recuperar confianza en sus propias fuerzas, incluso su poder social es superior a aquél con el que contó el siglo pasado, en los primeros intentos de llevar a la práctica lo que en Marx era un proyecto estratégico.

Pero para postularse nuevamente como “clase hegemónica”, la clase trabajadora mundial necesita un nuevo programa y una nueva ideología. Esto no surgirá de dejar de lado en bloque lo acontecido en más de 150 años de historia y empezar de cero, como pretenden Negri y otros, sino de recuperar lo mejor de su monumental experiencia revolucionaria acumulada, aquélla que sólo un necio puede pretender tirar por la borda. Las distintas teorizaciones sobre el “fin del trabajo”, aún las formuladas desde la “izquierda”, en nada colaboran con esa tarea.

Referencias bibliográficas

Christian Castillo, *Estado, poder y comunismo*, Imago Mundi, 2003, Buenos Aires.

León Trotsky, *El marxismo y nuestra época*, en *Naturaleza y dinámica del capitalismo y la economía de transición*, Ediciones CEIP, 1999, Buenos Aires; *La revolución traicionada*, ediciones varias; *Problemas de la vida cotidiana*, ediciones varias.

Antonio Negri, *Guías. Cinco lecciones en torno a Imperio*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2004; *Empire* (junto a Michael Hardt), Harvard University Press, Massachusetts, 2000; *Multitude. War and democracy in the age of empire*, The penguin press, New York, 2004.

David Harvey, *Los nuevos rostros del imperialismo*, entrevista publicada en Revista Herramienta nº 26, julio de 2004; *El nuevo imperialismo*, Akal, Madrid, 2004.

Daniel Bensaïd, *Le sourire du Spectre. Nouvel esprit du communisme*, Éditions Michalon, París, 2000.

Michel Husson, *¿Hemos entrado al capitalismo cognitivo?*, en Revista Lucha de Clases Nº 2/3, abril de 2004.

Ulrich Beck, *Políticas alternativas a la sociedad del trabajo*, en *Presente y futuro del Estado de Bienestar: el debate europeo*, Miño y Dávila Editores, Buenos Aires, 2001.

Mauricio Rojas, *Mitos del Milenio. El fin del trabajo y los nuevos profetas del Apocalipsis*, Timbro, Buenos Aires, marzo 2004.

Ernest Mandel, *El Capital. Cien años de controversia en torno a la obra de Karl Marx*, Siglo XXI Editores, México, 1985.

Chris Harman, *The workers of the world*, en *International Socialism* Nº 96, Londres, 2002.

Deon Filmer, *Estimating the World at Work*, informe para el Banco Mundial, Informe del Desarrollo Mundial 1995. El trabajo está disponible en el sitio web del Banco Mundial,

<http://monarch.worldbank.org/pub/decweb/WorkingPapers/WPS1400series/wps1488>

ⁱ Ver Christian Castillo, *Estado, poder y comunismo*, Imago Mundi, 2003, Buenos Aires.

ⁱⁱ Es importante señalar que Negri varía sus argumentaciones en este terreno según cuál de sus trabajos se consulte.

ⁱⁱⁱ Trotsky señalaba que lo característico de los análisis incorrectos sobre la dinámica capitalista era no entender que el capitalismo es incapaz de llevar ninguna de sus tendencias hasta el fin. Ver *El marxismo y nuestra época*, en León Trotsky: *Naturaleza y dinámica del capitalismo y la economía de transición*, Ediciones CEIP, 1999, Buenos Aires.

^{iv} Antonio Negri, *Guías. Cinco lecciones en torno a Imperio*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2004, pag. 13.

^v Ídem, pág. 19.

^{vi} Ídem, pág. 176.

^{vii} Es cierto bajo el gobierno de Bush parece haber pasado el momento de esplendor que tuvo esta tesis durante los dos gobiernos de Clinton, cuando el interés imperialista estadounidense buscaba cubrirse con la legitimidad de las Naciones Unidas o la OTAN y el crecimiento de la

economía norteamericana daba base a los desvaríos sobre la “nueva economía” y la capacidad del capitalismo para evitar las crisis y, aún, los ciclos económicos. Pero en manera alguna hay que dar estos argumentos por superados: bastaría que Kerry llegue a la presidencia y le imprima un tono más “multilateral” a la política exterior norteamericana, o que el débil crecimiento de la economía mundial se mantenga un par de años para que nuevamente posiciones por el estilo sean elevadas al sitial de verdades sacrosantas.

^{viii} Véase sino la posición de Negri frente a los gobiernos de Lula y Kirchner y se advertirá cómo el teórico del “poder constituyente” termina a los pies de los representantes del “poder constituido”: *“Mi juicio sobre la política del gobierno de Lula es absolutamente positivo. Es evidente que los problemas de Brasil – y más generalmente los de América Latina, son enormes, y que en algunos meses no se podrán resolver. Pero es también evidente que la única manera de resolverlos es buscar una solución al nivel global. En estos países, la revolución no es posible: No fue posible en la Unión Soviética, entonces en América latina... Sería completamente estúpido imaginar un futuro revolucionario para países como Brasil o Argentina. Yo estoy muy disgustado con ciertas capas de la izquierda local que no han comprendido en absoluto lo que procura hacer Lula, lo que procura hacer Kirchner. Tenemos la impresión de que perdieron toda facultad crítica. ¡Comprender la decisión del gobierno argentino de no pagar la deuda, he aquí lo que es importante! Comprender que esto no habría sido posible sin el apoyo del gobierno brasileño. Comprender que para bloquear Cancún, es decir un proyecto imperial violento e injusto, había que obtener la alianza de la India y de China – y es a través de Lula que esto fue posible”* (Entrevista publicada en la revista *Le Passant Ordinaire* N° 48, abril/junio de 2004)

^{ix} Afirmaciones, por otro lado, que el propio Negri ha debido relativizar en textos posteriores. Véase por ejemplo su último trabajo *“Multitude. War and democracy in the age of empirie”*, The penguin press, New York, 2004.

^x En realidad esta no es una discusión novedosa para el marxismo. Como señalamos, en su momento Kautsky y otros plantearon que la tendencia era hacia la conformación de un único “trust” mundial, dando lugar a un “ultraimperialismo”. Lenin combatió esta posición (y con él Trotsky y Rosa Luxemburgo, aunque esta última desde otra explicación del funcionamiento del imperialismo y de la causa de sus crisis) no porque negase la dinámica del capital hacia la concentración y la centralización del poder monopólico, sino porque no creía que esta tendencia pudiese imponerse a la competencia implacable por los mercados de los distintos monopolios, para lo cual estos requerían del auxilio de los distintos estados nacionales, y a la resistencia del proletariado. Creer que el monopolio puede llevar a la superación de la competencia, o que porque el capital se mueve en una escala distinta a la del estado nacional puede prescindir de él es sencillamente creer que el capitalismo ha conseguido “llevar sus tendencias hasta el final”.

^{xi} David Harvey, *Los nuevos rostros del imperialismo*, entrevista publicada en Revista Herramienta n° 26, julio de 2004.

^{xii} Daniel Bensaid, *Le sourire du Spectre. Nouvel esprit du communisme*, Éditions Michalon, París, 2000 (traducción propia).

^{xiii} Christian Castillo, op. cit.

^{xiv} Una buena crítica de estas tesis puede encontrarse en Michel Husson, *¿Hemos entrado al capitalismo cognitivo?*, publicada en español en la Revista Lucha de Clases N° 2/3, abril de 2004.

^{xv} Esto puede observarse, por ejemplo, en los análisis que plantea Ulrich Beck, quien realiza la falacia de identificar crecimiento de la precarización del empleo como si fuese sinónimo de “extinción del trabajo asalariado”. En uno de sus textos antes citados reconoce que *“cuando uno observa cuáles son las formas de trabajo que surgen en aquellos ámbitos donde más avanzados están la tecnología de la información y el trabajo intelectual, en mi opinión, el rasgo más importante consiste en que en todo el mundo, el mayor índice de crecimiento del empleo asalariado consiste en ocupaciones en condiciones precarias, en trabajo flexibilizado. Asistimos a un proceso en el que el trabajo normado es reemplazado por trabajo sin normar (...) tanto en términos contractuales como espaciales y temporales, el trabajo no normado sustituye al trabajo normado (...) el significado de este desarrollo...es profundamente ambivalente. No sólo concierne a los trabajos poco calificados, sino también a los empleos de alta calificación (...) Quiero resumir mi diagnóstico: el trabajo pierde importancia y es fragmentado; el conocimiento y el capital cobran mayor importancia”*. Pero sus “respuestas” no van más allá de una serie de lugares comunes, incluso cuando intercambia con total liviandad el presupuesto de que el

trabajo asalariado “se precariza” con el de que el trabajo asalariado “desaparece”. “Ampliar la educación”, “transformar la falta de trabajo asalariado en una nueva oportunidad liberadora”; “transformar la carencia de trabajo asalariado en bienestar que se mida en tiempo y en una mayor soberanía para el individuo (a partir de) desvincular el ingreso básico y las seguridades básicas al estatus de ciudadano y ya no al del trabajador”; “derecho al trabajo discontinuo”; “participación del trabajo en las ganancias del capital”; o el “modelo” con que Beck se “identifica particularmente”: “la promoción del tercer sector de la sociedad civil”, no más que otra variante de lo propuesto por Jeremy Rifkin en *El fin del trabajo*. Veamos en qué consiste esta última maravilla: “La propuesta consiste en desarrollar centros autoorganizados en los que las personas hagan lo que realmente quieran hacer; se ponen a su disposición los recursos básicos necesarios provistos por los municipios y las provincias, pero también por auspicios corporativos. A nivel municipal se discuten cuáles son las verdaderas prioridades a resolver con el trabajo ciudadano; entre las actividades también pueden incluirse temas políticos”. Es decir: la “imaginación” de uno de los sociólogos estrella del momento no va más allá de pensar “salidas” que son meros sustentos “progresistas” para la transferencia de funciones estatales a la “sociedad civil”, es decir, un apoyo encubierto a la política neoliberal de “reducción de los déficits estatales”.

^{xvi} Datos tomados de Labour Force Statistics 1982-2002 (OCDE 2003), citados por Mauricio Rojas, *Mitos del Milenio. El fin del trabajo y los nuevos profetas del Apocalipsis*, Timbro, Buenos Aires, marzo 2004. Aunque el texto es un panegírico del neoliberalismo lleno de interpretaciones falaces, brinda datos importantes para desmentir ciertas afirmaciones a la moda.

^{xvii} Los otros países considerados en la muestra son: Holanda, Irlanda, España, Portugal, Estados Unidos, Gran Bretaña, Canadá, Dinamarca, Australia, Japón, Francia e Italia, agrupados en orden decreciente según los porcentajes de la variación porcentual de la relación entre empleo y población comparando los años 1980-82 y 2000-02.

^{xviii} Los otros doce países son: China, Chile, Corea del Sur, México, Venezuela, Indonesia, Brasil, Tailandia, Taiwan, Egipto, Malasia y Filipinas, ordenados según el mismo criterio empleado en la nota anterior.

^{xix} Sabemos que el total de quienes en las estadísticas figuran como “asalariados” no pertenecen a la clase trabajadora, ya que, de acuerdo a la definición de clase trabajadora que tomamos de referencia, debemos excluir al personal que ejerce funciones de mando del capital, a los que ocupan funciones superiores en la administración estatal y a los miembros de las fuerzas armadas y de seguridad. Supera los objetivos de este trabajo la conversión de los datos existentes a otros según una conceptualización marxista precisa. Sin embargo, el indicador de la tendencia es claro. La definición del proletariado en la que nos basamos puede consultarse en: Ernest Mandel, *El Capital. Cien años de controversia en torno a la obra de Karl Marx*, Siglo XXI Editores, México, 1985, págs. 128 y 129.

^{xx} Chris Harman, *The workers of the world*, en *International Socialism* Nº 96, 2002. Del total de empleados asalariados que existen a nivel mundial están descontados los sectores de la burguesía que reciben salarios corporativos y los sectores de la “nueva clase media” que obtiene pagos superiores al valor que crea a cambio de ayudar a controlar a la masa de trabajadores, sectores que en conjunto suman alrededor de un 10% del total de asalariados. El trabajo de Harman toma como fuente el estudio de Deon Filmer “Estimating the World at Work”, informe para el Banco Mundial, Informe del Desarrollo Mundial 1995. El trabajo está disponible en el sitio web del Banco Mundial,

<http://monarch.worldbank.org/pub/decweb/WorkingPapers/WPS1400series/wps1488>

^{xxi} Para comprobar que esto no es afirmación casual veamos lo que afirmaba Trotsky varios años después en *La Revolución Traicionada*: “En realidad las clases son heterogéneas, desgarradas por antagonismos interiores, y sólo llegan a sus fines comunes por la lucha de las tendencias, de los grupos y de los partidos. Se puede conceder con algunas reservas que un partido es una “fracción de clase”. Pero como una clase está compuesta de numerosas fracciones –unas miran hacia delante y otras hacia atrás-, una misma clase puede formar varios partidos. Por la misma razón, un partido puede apoyarse sobre fracciones de diversas clases. No se encontrará en toda la historia política un solo partido representante de una clase única, a menos de que se consienta en tomar por realidad una ficción policíaca”.

^{xxii} Nótese lo similar de la problemática planteada en este texto por Trotsky con las reflexiones más habitualmente citadas de Gramsci sobre las diferencias entre las condiciones estratégicas de la revolución proletaria en el atrasado “Oriente” ruso y el más avanzado “Occidente”. Sobre

la relación entre ambos autores puede verse Emilio Albamonte y Manolo Romano, *Trotsky y Gramsci: convergencias y divergencias*, y *Revolución permanente y guerra de posiciones: la teoría de la revolución en Trotsky y Gramsci*, en *Estrategia Internacional* N° 19, enero de 2003.